

CALIBAN ANTE LA ANTROPOFAGIA *

En 1993 escribí una posdata para una edición japonesa de mi ensayo “Caliban” (1971);¹ y al publicar por separado dicha posdata (en *Casa de las Américas*, N° 191, abril-junio de 1993), la titulé “Adiós a Caliban”. No porque fuera una despedida al asunto de tal ensayo, que no creía que hubiese perdido vigencia, sino para expresar así mi deseo de pasar a otras producciones. “Caliban”, aduje, se me había convertido en una especie de Próspero: algo similar a lo que, con más dramatismo y más humor, llevó al autor de *Ficciones* a escribir “Borges y yo”. Pero la estratagema resultó inútil. No es sensato dar por seguro que uno escoge ciertos temas; más bien parece que ellos lo escogen a uno. Y pensara yo lo que pensara, había sido escogido por el personaje shakespereano, quien iba a seguir exigiéndome.

Primero lo hizo tímidamente, llevándome a darle su verdadero nombre en español. Si al nacer fue llamado por su prodigioso inventor Caliban, con acento en la primera a, ello se debió a que es anagrama del inglés *cannibal*. En francés, debido a similar razón, de la palabra *cannibale*, ya presente en Montaigne, se derivó Caliban, acentuada desde luego en la segunda a. Y en español, por contagio francés, aceptamos y propagamos (yo también lo hice, de modo copioso) Calibán. En esa forma la encontramos en autores como Martí, Darío, Groussac, Rodó, Vasconcelos, Reyes, Ponce, Carpentier y muchos más. Pero Pedro Henríquez Ureña escribía Cáliban, fiel al original inglés, criterio que asumieron igualmente los traductores del Instituto

* *Nuevo Texto Crítico*, N° 23-24, 1999.

¹ Como tal posdata aparece en este libro.

Shakespeare, al poner en español *La tempestad* (Madrid, 1994). Sin embargo, en nuestra lengua, después de todo la madre del cordero, Colón, de la palabra *caribe*, hizo *caniba*, y luego *caníbal*, cuyo anagrama lógico es Caliban, palabra llana que es la que empleo desde hace tiempo, a partir de una conferencia que ofrecí en Santiago de Cuba. Me gustaría que se aceptara esta sana rectificación, a sabiendas de lo difícil que es modificar arraigados hábitos lingüísticos mal avenidos con la lógica. Por mi parte, me parece bien paradójico que un texto que se quiere anticolonialista empiece por no serlo en el título mismo.

Mi segundo acercamiento al tema después del festinado “Adiós...” fue debido a una solicitud que me hiciera Peter Hulme. Se trató de una traducción al español de algunos fragmentos de *La tempestad*, precedida de un comentario general.

Pero con lo que aquel “Adiós...” ha perdido sentido es con este material que, a petición de *Nuevo Texto Crítico*, estoy escribiendo para la entrega dedicada a *Antropofagia hoy*. Aunque ya había realizado lecturas y anotaciones relativas a la Antropofagia brasileña, decliné en principio, por falta de tiempo. Y entonces Víctor Rodríguez Núñez me hizo reconsiderar mi decisión, al darme a conocer su trabajo aún inédito, que presentó en la Universidad de Austin, “Calibán, ¿antropófago? La identidad cultural latinoamericana de Oswald de Andrade a Roberto Fernández Retamar.” En sus páginas, generosas, V.R.N. señala mi “inexplicable omisión”, en el ensayo “Caliban”, “del legado de Oswald de Andrade”, haciéndose eco, no sin muchas reservas, de un planteo de Emir Rodríguez Monegal en su artículo “Las metamorfosis de Calibán”.² Este último planteo formó parte de una polémica de raíz política (no literaria), que adolecía de las acideces y los desplantes frecuentes en polémicas. A propósito de ello remito al artículo y sobre todo al libro de María Eugenia Mudrovic sobre la revista *Mundo Nuevo*.³

Sin duda Oswald de Andrade debió haber aparecido entre los numerosos autores citados en “Caliban”. La simple razón por la que no fue así es que en 1971 yo desconocía aún su obra. Como expliqué precisamente en mi epílogo de 1993, otro tanto me ocurrió con figu-

² Emir Rodríguez Monegal: “Las metamorfosis de Calibán”, *Vuelta*, Nº 25, diciembre de 1978.

³ María Eugenia Mudrovic: “*Mundo Nuevo*: hacia la definición de un modelo discursivo”, *Nuevo Texto Crítico*, Nº 11, Primer Semestre de 1993; “*Mundo Nuevo*”. *Cultura y Guerra Fría en la década del 60*, Rosario, 1997.

ras como Francisco Bilbao y Marcus Garvey. Añadí entonces: “¡Y con tanta ignorancia me creía digno de hablar en nombre de Caliban!”. La respuesta a esta exclamación/pregunta retórica es obvia: nadie puede esperar a saberlo todo antes de escribir algo. Cuando empecé a familiarizarme con la faena del brasileño, lo incorporé a mis páginas. Así, en conferencia que ofrecí en el VIII congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (Budapest, 1976) sobre “La contribución de la literatura de la América Latina a la literatura universal en el siglo xx”, dije:

La propia vanguardia europea, por su parte, más allá del programa al cabo reaccionario de los futuristas italianos, [...] implicaba, en sus realizaciones más genuinas (como se ve en lo mejor del surrealismo), una impugnación de los valores “occidentales” que no podía sino favorecer tal impugnación fuera del Occidente, según lo entendió desde temprano Mariátegui. [...] / Uno de los logros más notables de la vanguardia latinoamericana, en consonancia con la esencia misma de la verdadera vanguardia nacida críticamente en Europa, fue su desafiante proclamación de los valores no occidentales en la América Latina. Es lo que hace Oswald de Andrade al lanzar, maduro ya el *modernismo* brasileño, su “Manifiesto antropófago” [...] en 1928. La Antropofagia brasileña proponía, dirá Antônio Cândido,⁴ “la devoración de los valores europeos, que había que destruir para incorporarlos a nuestra realidad, como los indios caníbales devoraban a sus enemigos para incorporar la virtud de éstos a su propia carne”.⁵

Esta conferencia fue incluida ya en la segunda edición (Bogotá, 1976) de mi libro *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Dicho sea entre paréntesis, antes de la aparición, en 1978, del artículo de Monegal; antes incluso de su publicación primera, en inglés, que fue en la revista estadounidense *Diacritics* (7, 1977).

Sabido lo anterior, no será difícil entender lo siguiente. A principios de la década de 1990, invitado por un editor a publicar en conjunto mis textos sobre Caliban (que al cabo aparecieron en Buenos Aires, en 1995, con el título *Todo Calibán*), sumé algunos nombres y algunas indicaciones bibliográficas al ensayo inicial. Entre los nombres añadidos como ejemplos de “la cultura de Caliban” estuvieron

⁴ Antônio Cândido: *Introducción a la literatura del Brasil*, La Habana, 1971, p. 50.

⁵ Roberto Fernández Retamar: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Primera edición completa, Santafé de Bogotá, 1995, pp. 224-225.

no sólo Mário de Andrade y Tarsila do Amaral, sino también, naturalmente, Oswald de Andrade. Por economía, la redacción era: “Oswald y Mário de Andrade”, *et al.* El travieso ángel de las erratas eliminó el primer nombre. Y no sólo el ensayo apareció con esa mutilación, sino que ella se mantuvo un par de veces más, hasta que reparé en el agujero, y restauré el nombre de Oswald. Aunque molesto por el desaguisado, he acabado por considerarlo una *felix culpa*, ya que me impulsa a ir más allá de la mera mención, y abordar en estas páginas, así sea de modo somero, cómo veo la relación entre Caliban y la Antropofagia.

No es mi propósito detenerme de modo global en esa vertiente radical del Modernismo brasileño que fue en su inicio la Antropofagia. Aparte de que tiempo y espacio no me darían para ello, quien lea esta entrega de *Nuevo Texto Crítico* encontrará suficientes datos en otros trabajos. Por supuesto, es imprescindible consultar materiales como la *Revista de Antropofagia*;⁶ el breve y anecdótico libro *Vida e Morte da Antropofagia*, de Raul Bopp,⁷ quien fuera uno de los protagonistas del movimiento antropófago, y el libro más amplio y detallado *A vanguarda Antropofágica*, de Maria Eugenia Boaventura;⁸ acercamientos como el debido a la fundamental Tarsila do Amaral “Pintura Pau-Brasil y antropofagia”;⁹ y desde luego varios estudios. En *Brasil-Terre de contrastes* (París, 1957) escribiría Roger Bastide:

C'est alors que Oswald de Andrade invente l'anthropophagie, forme moderne de l'indianisme, non plus la glorification du *bon sauvage* de l'époque romantique, mais du mauvais sauvage, tueur des blancs, anthropophage, polygame, communiste. Une apologie de l'ogre indigène. Mais bien vite le caractère international occidental, moderne de São Paulo passe dans cet indianisme renouvelé, le colore de freudisme ou de marxisme selon les époques. Oswald dévore les théories étrangères, comme sa ville dévore les immigrants pour en faire de la chair et du sang brésiliens.¹⁰

⁶ *Revista de Antropofagia*. Reedição da Revista da Literatura Publicada em São Paulo -1a. e 2a. “Dentições” - 1928-1929. Introdução [“Revistas Re-vistas. Os Antropófagos”] de Augusto de Campos, São Paulo, 1976.

⁷ Raul Bopp: *Vida e Morte da Antropofagia*, Rio de Janeiro, 1977.

⁸ Maria Eugenia Boaventura: *A vanguarda Antropofágica*, São Paulo, 1985.

⁹ En *Arte y arquitectura del Modernismo brasileño (1917-1930)*. Compilación y prólogo: Aracy Amaral. Cronología: José Carlos Ceroni. Traducción: Marta Traba, Caracas, 1978.

¹⁰ Citado en la página 12 del prólogo a *Obra escogida*, de Oswald de Andrade. Selección y prólogo: Haroldo de Campos. Cronología: David Jackson. Traductores: Santiago Kovadloff, Héctor Olea, Mária Rusotto, Caracas, 1981.

Y Haroldo de Campos (a quien tanto debe la reivindicación del autor del “Manifiesto antropófago”), en su ensayo “De la razón antropofágica. Diálogo y diferencias en la cultura brasileña”, además de coincidir con conceptos de Bastide, añadirá que la Antropofagia oswaldiana

no supone una sumisión (una catequesis), sino una trans-culturación:¹¹ aún mejor, una “transvaloración”, una visión crítica de la historia como función negativa (en el sentido de Nietzsche), susceptible tanto de apropiación como de expropiación, desjerarquización, desconstrucción. Todo pasado que nos es “otro” merece ser negado. Vale decir: merece ser comido, devorado. Con esta especificación elucidatoria: el caníbal era un polemista (del griego pólemos=lucha, combate), pero también un “antologista”: sólo devoraba a los enemigos que consideraba valientes, para extraer de ellos la proteína y la médula necesarias para el robustecimiento y la renovación de sus propias fuerzas naturales...¹²

Al considerar la Antropofagia, como no podía menos de ser, hemos topado con su impulsor por excelencia: Oswald de Andrade, en quien sí voy a detenerme algo. Pero no en sus *Obras completas* (a partir de 1970 la editorial Civilização brasileira empezó a publicarlas en once volúmenes), sino, dada la índole de este trabajo, en el tomo VI de dichas *Obras completas*;¹³ y en dos antologías en español: *Escritos antropófagos*¹⁴ y *Obra escogida*.¹⁵ En relación con este material, me atengo a lo que el escueto título de mi ensayo anuncia.

Pero de entrada no es dable soslayar la rebeldía y la actitud anárquica y polémica de Oswald de Andrade (cf. las biografías del autor debidas a Maria Augusta Fonseca¹⁶ y, en especial, Maria Eugenia Boaventura¹⁷). Sin embargo, esos rasgos suyos, que se tradujeron en

¹¹ No sé si Haroldo de Campos se vale de este término, forjado en 1940 por Fernando Ortiz, en el sentido que este autor le dio.

¹² Haroldo de Campos: “De la razón antropofágica. Diálogo y diferencia en la cultura brasileña”, *Vuelta*, N° 68, junio de 1982, pp. 12-13.

¹³ Oswald de Andrade: *Obras completas*, tomo VI. *Do Pau-Brasil à Antropofagia e às Utopias. Manifestos, teses de concursos e ensaios*. 2ª ed. Introdução [“Antropofagia ao alcance de todos”] de Benedito Nunes, Rio de Janeiro, 1978.

¹⁴ Oswald de Andrade: *Escritos antropófagos*. Selección, cronología y postfacio: Alejandra Laera y Gonzalo Moisés Aguilar, Buenos Aires, 1993.

¹⁵ Cit. en nota 10.

¹⁶ Maria Augusta Fonseca: *Oswald de Andrade*. 2ª ed., São Paulo, 1982.

¹⁷ Maria Eugenia Boaventura: *O Salão e a Selva. Uma biografia ilustrada de Oswald de Andrade*, Campinas, São Paulo, 1995.

cambios a menudo bruscos en su vida personal, literaria y política, fueron acompañados por su lealtad hacia la Antropofagia, con la excepción que se mencionará. Si tal lealtad se anunció en su “Manifiesto de Poesía ‘Palo-del-Brasil’” (1924)¹⁸ y se hizo evidente en su “Manifiesto antropófago” (1928) y sus demás colaboraciones en la *Revista de Antropofagia* (1928-1929), cuando ya en vísperas de su muerte, en 1954, se le pidió que hiciese su testamento literario, dijo: “Llamo la atención de las generaciones venideras para [¿sobre?] la filosofía del hombre primitivo. *La antropofagia es mi debilidad*, su rito da la medida de una concepción devorativa de la vida” (*Escritos antropófagos*, p. 12: énfasis de R.F.R.). Sólo que hay que distinguir en él dos visiones o dos encarnaciones de la Antropofagia. La primera, vinculada a las vanguardias, se esboza en 1924 y llega hasta aproximadamente 1930. Es la que conocería una mayor difusión, ofrece mayor originalidad, y de hecho mira sobre todo a las artes y las letras (Oswald escribió en 1943: el “movimiento antropofágico [...] ofreció al Brasil dos presentes regios: ‘*Macumáima*’, de Mário de Andrade, y ‘*Cobra Norato*’, de Raul Bopp”). Cit. por Maria Augusta Fonseca, p. 86). La segunda se desarrollaría tras abandonar su militancia comunista, que se extendió entre 1931 y 1945, y le significó persecuciones y exclusiones. Al responder en 1947 a un entrevistador, explicó: “Cuando retiré mi afiliación al PCB (Partido Comunista Brasileño), sentí una libre y excelente recuperación intelectual. El existencialismo fortaleció mis posiciones del ‘28 –la Antropofagia” (*Escritos antropófagos*, p. 53). Esta segunda concepción de la Antropofagia, Oswald, según Cândido, “la incluyó en una filosofía lírica y utópica de redención de la sociedad por el matriarcado y la reconstrucción de la mente primitiva” (A.C.: *Introducción...*, p. 50). Todo da a entender que mientras el inquieto autor integró el PCB, la Antropofagia durmió en él (o casi), para reaparecer después con rostro alterado.

Ya se dijo que su primera concepción de la Antropofagia surge vinculada a las vanguardias. Hay que remitirla a ellas para verla en su pleno sentido: cf. los libros de Jorge Schwartz *Las vanguardias latinoamericanas...* y *Vanguardia y Cosmopolitismo en la Década del Veinte...*¹⁹ La ansiosa búsqueda de novedad y diferenciación, el tre-

¹⁸ En lo tocante a los manifiestos de Oswald de Andrade, cito según las versiones aparecidas en *Obra escogida*. En las demás citas se señala su procedencia; y en unos cuantos casos, las traducciones del portugués son mías.

¹⁹ Jorge Schwartz: *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Traduc-

mendismo frecuente en aquéllas no son ajenos a la inicial Antropofagia. Se sabe que el pintoresco francocubano Francis Picabia había publicado en 1920 una revista efímera titulada *Cannibale* y un “Manifieste Cannibale Dada”; y no faltaban en la literatura francesa de la época, tan bien conocida por De Andrade, otros ¿precedentes?, si bien su Antropofagia se movió en una dirección distinta, sin duda creadora. Oswald sí reconoció antecedentes. Por ejemplo: “‘Des cannibales’ de los *Essais*, de donde salió ‘la Antropofagia’ del ‘28” (*Escritos antropófagos*, p. 61). Pedro Henríquez Ureña parece apuntar al mentado tremendismo cuando, al hablar del Modernismo del Brasil, asegura que “the most revolutionary of the Brazilian revolutionists, in search of the most thunderstriking name they could contrive, called themselves *anthropophagists*”.²⁰ Ahora bien, las evidentes similitudes entre el “Manifiesto ‘Palo-del-Brasil’” y el “Manifiesto antropófago”, no obstante que este último término no apareciera en el primer documento, hacen pensar que no hubo (o no hubo sólo) la voluntad de dar con el nombre más “thunderstriking”. Pero no ha de olvidarse, por otra parte, que ambos textos tienen además en común algo que caracterizó a las vanguardias: su condición de manifiestos. Ya en los años 50 señalé que los manifiestos de las vanguardias amenazaban con convertirse quizás en *el* género literario. Su carácter programático, su inevitable esquematismo, el chisporroteo de las propuestas les daban un involuntario pero evidente aire común. A pesar de sentirse obligados a contradecirse unos a otros en lo que postulaban, acabaron por parecerse mucho más de lo que sus autores hubieran deseado. Y aunque no es siempre tarea demasiado fácil desentrañar sus especificidades, hay que acometer esa tarea.

Al hacerlo, es justo reconocer que los dos manifiestos nombrados de Oswald de Andrade se hallan entre los más valiosos de nuestras vanguardias (y acaso también de otras). No tiene sentido que intente resumirlos aquí, además de que ellos mismos son resúmenes o compendios telegráficos. Me limitaré a algunas citas inevitables. El inicial (coetáneo, como se ha recordado, del primer *Manifieste surrealiste* en París y del nacimiento en Buenos Aires de *Martín Fierro*) implica una apasionada y original defensa del arte autóctono del

ción de los textos portugueses: Estela dos Santos, Madrid, 1991; *Vanguardia y Cosmopolitismo en la Década del Veinte*. Oliverio Girondo y Oswald de Andrade, Rosario, 1993.

²⁰ Pedro Henríquez Ureña: *Literary Currents in Hispanic America*, Cambridge, Massachusetts, 1945, p. 191.

país (“mi tentativa de brasilidad”, la llamará luego De Andrade al polemizar con Tristão de Athayde: *Escritos antropófagos*, p. 21), que no se revela sólo en el arte en el sentido convencional del término. Se reivindican tanto “los tugurios de azafrán y de ocre” de las favelas como el Carnaval de Rio, “bárbaro y nuestro”, o la lengua cotidiana: “Como hablamos. Como somos.” “Separemos: Poesía de importación. Y la Poesía Palo-del-Brasil, de exportación.” No se trata de volverle la espalda al mundo (no podría hacerlo el muy informado De Andrade), sino de restarle preminencia a la importación, por otra parte imprescindible, para concedérsela a la exportación. De ahí la alusión al Palo-del-Brasil, la madera que fue el primer producto de exportación del país y acabó dándole nombre. “Lo necesario de química, de mecánica, de economía, de balística.” Pero de inmediato: “Todo digerido.” Estamos ya al borde del segundo texto, el “Manifiesto antropófago”, que Augusto de Campos califica de “genial” (introducción a la edición facsimilar de la *Revista de Antropofagia*, sección 3). Digerir se convierte en su divisa, y la Antropofagia en su natural encarnación. “Sólo la antropofagia nos une [...]// Queremos la revolución Caribe. [...] Sin nosotros Europa ni siquiera tendría su pobre declaración de los derechos humanos.// La edad de oro anunciada por América.// [...] Ya teníamos comunismo. Ya teníamos lengua surrealista.// [...] Antes de que los portugueses descubrieran Brasil, el Brasil ya había descubierto la felicidad.” Volveríamos a leer palabras semejantes en autores como Ernesto Cardenal. Entre relámpagos y humoradas (“Tupi or not tupi, that is the question”), se asiste, bajo la máscara maliciosa de una reivindicación del pasado, al señalamiento de la línea realmente creadora de nuestra historia, de nuestra cultura. En juicios como los de Cândido, Bastide, los hermanos De Campos o Nunes, está analizada con acierto y brillantez esa línea.

Me parece evidente que al escribir, en unos pocos días afiebrados, mi “Caliban”, no hubiera dejado de citar conceptos de la Antropofagia de Oswald de Andrade si los hubiera conocido entonces. Sin embargo, quiero señalar las que me parecen similitudes y diferencias. Tanto la Antropofagia como mi Caliban se proponían reivindicar, y esgrimir como símbolos válidos, un costado de nuestra América que la historia oficial había denigrado. Ambos reclamaban el derecho que nos asiste no sólo de incorporarnos al mundo, sino de incorporarnos el mundo, de acuerdo con las características que nos son propias. Ambos son obras de poetas, que se valen libremente de imágenes. Pero la inicial Antropofagia no deja de pagar su deuda a su condición

de criatura nacida en manifiesto vanguardista. Veo esa deuda, por ejemplo, en una especie de voluntad de sobresaltar al burgués, o a quien fuere, mediante una reducción al absurdo de la metáfora antropofágica: sin dejar de reconocerle a ésta, no obstante, su hallazgo. En lo que a mí cuenta, a sabiendas de la existencia de la antropofagia ritual en muchos pueblos, la cual sobrevive sutilizada en ciertas ceremonias modernas, me proponía exculpar a Caliban/caníbal de la indiscriminada acusación de antropofagia tantas veces hecha sin suficiente fundamento, con la sola finalidad de subrayar su presunto carácter bestial y la inevitabilidad de exterminarlo o “civilizarlo”. Por otra parte, me llama la atención la ausencia del personaje Caliban (como integrante del triángulo que forma con Próspero y Ariel) no sólo en su manifiesto paradigmático, sino, según creo (ojalá sea rectificado), en la obra toda de Oswald de Andrade, quien desde luego no ignoró a Shakespeare, y llegó a elogiarlo como corresponde. Me llama la atención, digo, aunque sé que nada obligaba a que lo nombrase. Acaso una explicación de tal ausencia haya que buscarla en que mientras Caliban, a más de su nacimiento y sus peripecias en Europa, tenía ya larga o intensa vida en las dos tradiciones a las que pertenezco de modo más directo (la hispanoamericana, la caribeña), no ocurre otro tanto en la tradición brasileña: una excepción se halla en el poema de Joaquin Maria Machado de Assis: “No alto”, publicado en 1901, que al parecer no tuvo continuidad.²¹ Caliban aparece en *Utopia selvagem*, que volveré a citar, de Darcy Ribeiro, pero hubo que esperar a la década de 1980 para que naciera.

Aunque se ha dicho (yo también lo he dicho) que Oswald de Andrade, a través de no pocos cambios, permaneció fiel a la Antropofagia, debe recordarse que cuando en 1933 publicó su notable novela-invencción *Serafin Ponte-Grande*, que aseguró haber terminado en 1928, la hizo preceder de un rudo prólogo. Ya habían ocurrido para entonces la gran crisis financiera de 1929, que tanto lo afectó incluso en lo personal, la escisión de su grupo, y su ingreso en 1931 en el PCB, al parecer tras un encuentro en Montevideo con Luiz Carlos Prestes (*Escritos antropófagos*, p. 59, nota 43). Y Oswald, a quien en 1942 Mário de Andrade (para entonces definitivamente separado en lo personal de él) había llamado, en conferencia-balance sobre “El

²¹ Cf. Gordon Brotherston: “Arielismo and Anthropophagy: *The Tempest* in Latin American”, *The Tempest and Its Travels*, ed. por Peter Hulme y William H. Sherman, Londres, 2000, p. 212. [Nota de septiembre de 2000.]

movimiento modernista”, “[a] mi ver, la figura más característica y dinámica del movimiento” (*Arte y arquitectura...*, p. 187); Oswald, repito, afirmó en aquel prólogo que es difícil no juzgar infeliz:

El movimiento modernista, que culminó en el sarampión antropofágico, parecía indicar un fenómeno progresista. São Paulo poseía un poderoso parque industrial. ¿Quién sabe si el alza del café no colocaría la literatura nuevarrica de la semi-colonia al lado de los costosos surrealismos imperialistas? [...] / La valorización del café fue una operación imperialista. La poesía Pau-Brasil también. Todo ello tenía que caer con las trompetas de la crisis. Tal como cayó casi toda la literatura brasileña “de vanguardia”, provinciana y sospechosa, cuando no totalmente agotada y reaccionaria.// [...] yo prefiero simplemente declararme harto de todo. Y poseído de una única voluntad. Ser por lo menos cuerpo de choque en la Revolución Proletaria. [*Obra escogida*, pp. 76-77].

No fueron infrecuentes las críticas desde el interior (incluso las palinodias) entre los vanguardistas de nuestra América. Baste recordar las de dos grandes: Vallejo y Borges. Pero ésta de Oswald de Andrade, el modernista, el antropófago por excelencia, tenía un violento sustrato político. Quizá no sea erróneo atribuirle a su sarampión comunista. No se olvide la violencia de sus giros. Ya hemos visto que su salida del PCB, en 1945, implicó para él, según sus palabras, “una libre y excelente recuperación intelectual”. No sólo se separó de un PCB “renacido y disciplinado”, según Cândido,²² sino de un movimiento comunista internacional regido por una Unión Soviética donde hacían de las suyas Stalin, Jdanov, Lissenko... Pero al lado de rechazos tan explicables, también según palabras de Cândido, Oswald “adoptó la solución de compromiso preconizada por Earl Browder” (*Id.*), a quien llegó a llamar “el gran Browder” (*O.C.*, VI, p. 224); e hizo el abierto elogio de *La revolución de los gerentes*, de James Burnham (*O.C.*, VI, pp. 127-129). A la luz de rechazos y aceptaciones así, y entregado a las más disímiles lecturas de antropología, historia de la cultura y filosofía, sobre todo fenomenología y existencialismo (sin renegar de Marx y Engels, pues siguió siendo hombre de izquierda), volvió a su viejo amor (¿el tema que lo había escogido?), la Antropofagia, que ya no era la misma. No olvidó del todo la brasilidad, como se ve en “Un aspecto antropofágico de la cultura brasileña. El hombre cordial” (1950) (*O.C.*, VI), donde quiso arrimar a su sardina

²² Antônio Cândido: *Vários escritos*, São Paulo, 1977, p. 77.

la brasa del famoso capítulo “El hombre cordial”, del notable libro de Sérgio Buarque de Holanda *Raíces del Brasil* (1936).²³ Pero en especial expuso su nuevo punto de vista en un trabajo mayor, hecho también aquel año 1950: *La crisis de la filosofía mesiánica*, el cual fue su tesis para un concurso (en que al cabo no participó) para la cátedra de filosofía en la Universidad de São Paulo. Al sintetizar su tesis, dijo cosas como que el mundo se divide, en su larga Historia, en Matriarcado y Patriarcado; que en correspondencia con esos hemisferios antagónicos existen una cultura antropofágica y una cultura mesiánica, la cual está, dialécticamente, siendo sustituida por la primera, como síntesis o tercer término, fortalecida por las conquistas técnicas; que sólo la restauración tecnificada de una cultura antropofágica podría resolver los problemas actuales del hombre y de la Filosofía (*O.C.*, VI, pp. 128-129). Estamos lejos, tanto en el estilo como en los conceptos, de la Antropofagia nacida en el vanguardismo.

Aunque su última obra fue una autobiografía de la que sólo llegó a escribir la primera parte, adquirió cierto carácter testamentario la serie de artículos *La marcha de las utopías*, publicada el año antes de su muerte, en 1953, en el diario *O Estado de São Paulo*, y recogida en libro póstumamente, en Río de Janeiro, en 1966. Al lado de las tiradas culturalistas que se le hicieron frecuentes al final, aquí reaparecen su interés por la brasilidad; y, aunque no necesariamente de forma explícita, tesis de su amada Antropofagia. Uno y otras lo llevan a postular una utopía realizable, en la que desempeñan papel fundamental América y, en particular, su Brasil. Fernando Ainsa ha comentado estos textos en “Modernidad y vanguardia en la marcha *sin fin* de las utopías en América Latina”.²⁴ Desde la perspectiva “de los pueblos marginales, de los pueblos ahistóricos, de los pueblos cuya finalidad no es más que vivir sin hacerse conquistadores, dueños del mundo y fabricantes de imperios” (*O.C.*, VI, p. 189), Oswald de Andrade postula: “Será preciso que una sociología nueva y una nueva filosofía, oriundas posiblemente de los *Caníbales* de Montaigne, vengán a barrer la confusión de que se valen, para no perecer, los atrasados y los aventureros fantasmas del pasado.” (*O.C.*, VI, p. 192). En esta línea habrá de insertarse la obra de Darcy Ribeiro *Utopía*

²³ Sérgio Buarque de Holanda: *Raíces del Brasil*. Trad. de Ernestina de Champourcin, México, 1955.

²⁴ Fernando Ainsa: “Modernidad y vanguardia en la marcha *sin fin* de las utopías en América Latina”, *Cuadernos Americanos*, Nueva época, N° 50, marzo-abril de 1995.

selvagem, en la solapa de la cual escribió con acierto Moacir Werneck de Castro:

Es una Utopía a la brasileña, que al contrario de sus congéneres contemporáneas del mundo desarrollado, generalmente sombrías, cuando no siniestras, irradia optimismo, esperanza, alegría creadora. Una anti-Utopía, de raíces antropofágicas, vivida por “testimonios de lo imposible”.²⁵

¿Antropofagia hoy? Si ello implica preguntarse por la vigencia de lo mejor del pensamiento de Oswald de Andrade en este orden, es menester decir que, a través de sus deslumbramientos, contradicciones y cambios, todavía tiene mucho que enseñarnos el fantasioso y peleador “Quijote gordo”, como lo llamó su amigo Cândido. En las primeras líneas dije que no creía que “Caliban” (es decir, el tema de que trata) hubiese perdido vigencia. Con no menos razón debo decir algo similar de la Antropofagia oswaldiana, que de la devoración incorporativa de su primera salida, cuando exaltó con jubilosa ferocidad nuestro mundo inmediato, fue a parar a un audaz planteo utópico de regreso de la humanidad a lo más noble del pasado, habiéndose alimentado de los logros de la historia. Todo, con el aliento de un poeta que creía en sus imágenes con fuerza y valor.

La Habana, agosto-septiembre de 1999.

²⁵ Darcy Ribeiro: *Utopia Selvagem. Saudades da inocência perdida. Uma fábula*, 2º ed., Rio de Janeiro, 1982.